

gran número de textos y de bibliografía secundaria que cita en su estudio. Tras excusarse por este hecho, se justifica razonada y amablemente en el Prólogo ante el lector: «No olvide que he pensado en él: al estar con frecuencia obligado a trabajar de segunda mano, he querido hacerle posible el acceso directo a las fuentes. En resumen, he puesto en las notas lo que personalmente me gusta, cuando soy yo el lector, que un autor me suministre» (p. 12). Cabe señalar además que el libro ha sido concebido para poder ser leído por sí mismo, sin requerir conocimientos previos contenidos en algún otro texto del autor (cfr. p. 412). Al final del volumen se ofrece una selecta relación bibliográfica de las obras más frecuentemente citadas y de la literatura secundaria.

Como afirma Brague en el Epílogo —preparado en exclusiva para esta edición castellana—, *La sabiduría del mundo* constituye el primer título de una trilogía, que viene a ser como la primera tabla de un tríptico. Si en la presente obra se muestra cómo la antropología y la ética se han comprendido hasta el inicio de la modernidad como situadas en un contexto cosmológico, en un segundo volumen —*La loi de Dieu. Histoire philosophique d'une alliance* (Paris 2005), todavía no publicado en castellano— aparecen enmarcadas en un contexto teológico. En un tercer volumen —actualmente en preparación, y cuyo título será probablemente *Le règne de l'homme* (cfr. p. 412)—, el Prof. Brague mostrará la manera en que la modernidad ha diseñado una antropología y una ética basadas sólo sobre la soberanía del hombre. Si comprender mejor nuestro presente es el mejor camino para analizar con profundidad nuestro pasado, es evidente que con esta trilogía Rémi Brague ha afrontado un reto muy meritorio y loable.

Juan ALONSO

M. DE SALIS, *Concittadini dei santi e familiari di Dio. Studio storico-teologico sulla santità della Chiesa*, EDUSC, (Studi di Teologia, 16), Roma 2009, 436 pp., 24 x 15, ISBN 978-88-8333-198-5.

Miguel de Salis Amaral (Lisboa 1968), profesor de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, en Roma, nos ofrece en esta obra un completo estudio sobre la santidad en la Iglesia. Señala ahí que, en los comienzos del tercer milenio, se aprecia dentro y fuera de la Iglesia un cre-

ciente interés por la santidad que aparece testimoniado —entre otras manifestaciones— por la abundancia de beatificaciones y canonizaciones en los últimos tiempos. Éstas expresan de modo visible la llamada universal a la santidad proclamada por el Concilio Vaticano II. Sin embargo, sobre este rostro inmaculado de la Esposa de Cristo se proyecta la doctrina reformada del *simul iustus et peccator*, causada —entre otros— por los comportamientos escandalosos de algunos miembros de la Iglesia. Esta situación no supone una novedad histórica, pero la experiencia de las últimas décadas —con sus acentos de paradoja— exige una comprensión profunda que dé razón de la propiedad/nota y del fenómeno de la santidad en la Iglesia para el cristiano de hoy.

En efecto, ya en el prólogo del cardenal José Saraiva Martins, se alude a la convocatoria a la santidad formulada por los últimos papas en el umbral del tercer milenio, que sin embargo no encuentra a veces excesivos ecos en la producción eclesiológica actual, más ocupada en el debate sobre la santidad y el pecado en la Iglesia. El purpurado compara la situación eclesiológica con la de una habitación cerrada en la que falta el aire y la apertura de horizontes. Según el autor, «podríamos decir que la producción teológica contemporánea parece ir por detrás del magisterio de la Iglesia respecto a este tema» (p. 20). Esta monografía vendría a colmar este hueco. Para contestar a esta cuestión tan vivida por los católicos de hoy, el autor toma diversas perspectivas —espiritual, moral, histórica, eclesiológica— que confluyen en torno a un mismo tema. La eclesiológica se ha concentrado en torno al estudio de este aspecto —a la vez ontológico y existencial— dentro del pueblo de Dios. El presente estudio ofrece un acercamiento en círculos concéntricos al tema presentado, en los que se combina todo el saber teológico.

El atributo de la santidad fue introducido en los siglos II y III para rebatir las herejías gnósticas y montanistas. La doctrina católica respondió afirmando que esta pertenece a toda la Iglesia visible y universal (pp. 27-277). Se alternan aquí los documentos magisteriales con los tratados teológicos y los escritos de autores espirituales, tan importantes a la hora de afrontar el tema presente. Entre otras cosas, encontramos aquí el conocido argumento según el cual la santidad sería un atributo *de la* Iglesia, mientras que el pecado sería una situación que se da de hecho *en la* Iglesia. Según De Salis, el discurso sobre la santidad de la Iglesia

está muy relacionado con la idea general que preside el tratado o la visión de cada autor. Muchos de los discursos actuales sobre la santidad y el pecado en la Iglesia (o de la Iglesia, según otros) son de poca utilidad porque caen en la autojustificación de la experiencia de quien los hace o son fruto de puntos de vista demasiado particulares para poder ser compartidos por los demás *in ecclesia* (cfr. pp. 273-274).

Yendo en concreto al recorrido histórico de esta primera parte, el autor aborda los tratados *De Ecclesia* surgidos en la Baja Edad Media, en el romanticismo, en la Escuela Romana y otros autores. El último capítulo de la parte histórica traza una breve panorámica de la teología posterior al Concilio Vaticano II, analizando después el magisterio y los manuales de eclesiología de ese mismo periodo. Sin embargo, el autor declara que intenta extraer de la historia aquellos puntos que pudieran ser útiles para la sistematización que realizará en la segunda parte. En este sentido, elude de modo premeditado las fuentes bíblica y patristica, pues las toma en la medida en que estén ya presentes en los desarrollos históricos del discurso sobre la santidad que se inserta en una reflexión global de la Iglesia.

Al final del recorrido histórico, y después de haber hecho un resumen de la actual situación de la reflexión sobre el tema, concluye: «En mi opinión, son varios los aspectos que se deben integrar en el discurso teológico sobre la santidad de la Iglesia: la dimensión mariana, la llamada universal a la santidad, las implicaciones y los efectos que la relación entre Iglesia y mundo tienen en la santidad de la Iglesia, el escándalo y el prejuicio, la influencia de la misión en la santidad de la Iglesia, el espacio concedido a la reforma en el desarrollo de la santidad de la Iglesia, la relación entre “santidad objetiva” y “santidad subjetiva” en la Iglesia» (p. 274). Los temas indicados son considerados en el recorrido histórico en su relación con la santidad de la Iglesia. En cierto sentido, podríamos sostener que cada uno de ellos tiene una historia propia, que, a simple vista, de forma que todos podrían ser mostrados independientes y desconectados entre sí; pero en esta obra la historia es leída en relación con la santidad. El estudio de estas realidades y su combinación a lo largo de estas páginas resulta interesante y enriquecedora.

Más adelante afrontará el profesor De Salis la perspectiva sistemática, concretamente en los siguientes cuatro capítulos estructurados en

torno a las cuestiones metodológicas, los simultáneos santidad y pecado en la Iglesia (capítulos VIII y IX), y la acción santificadora de la Iglesia (pp. 279-404). En lo que se refiere a «la situación y los puntos de vista» de los desarrollos metodológicos sobre la santidad de la Iglesia, llama la atención el interés por los presupuestos teológico-culturales que influyeron en la comprensión de la santidad en los últimos cuarenta años. Son ideas que «presiden» el discurso teológico haciendo sentir su influencia sin ruido. Ahí están el abandono del triunfalismo, la distinción entre la Iglesia santa y los pecados de sus miembros o el reconocimiento de las propias culpas como acto de fortaleza y valentía, entre otros temas. Este punto resulta revelador.

En el capítulo VIII, titulado «La Iglesia es santa», se incluye una parte bíblica que señala una de las tesis que el libro quiere indicar: la santidad en cuanto historia de dones y tareas en que Dios y los hombres entablan un diálogo. La tarea, una vez realizada, es un don para las generaciones futuras. En la segunda parte del capítulo el autor realiza con acierto la distinción entre santidad objetiva y subjetiva, a la vez que se recuerda la diferencia de la santidad *in via* e *in patria*, para entender con profundidad la problemática propuesta. En fin, resulta interesante el desarrollo sobre la llamada universal a la santidad, al hilo de la propuesta del último concilio.

Sobre el tema santidad y pecado, el autor parte de la Escritura para analizar posteriormente las intuiciones de Newman, donde aparecen las respuestas de los hombres a los dones que Dios ofrece. Según De Salis, la Iglesia es santa a pesar del pecado, porque Dios ha dado sus dones —fundó santa a la Iglesia— y no los retira. La santidad y el pecado existirían más bien en la experiencia de los cristianos, pero no en su dimensión dogmática. Para hacerlo ver propone partir de la experiencia cristiana del pecado y de la santidad. El escándalo habría que combatirlo con «la vivencia del bien». Lo primero que habría que hacer es comprender la situación, mostrar cómo padecer el efecto del pecado de un cristiano puede llevar a debilitar la fe y a apartarse de la Iglesia. Pero también puede llevar a caer en la cuenta de que Cristo nos redimió del pecado con su muerte y su resurrección, y que la misma Iglesia nos enseña a responder al mal como el Señor, y no con el pecado.

Del análisis que se ofrece en este estudio, se llega a la conclusión de que hablar del «rostro de la Iglesia» significa referirse al reflejo de la

acción de Dios y de los cristianos en el mundo. Ese reflejo tiene un efecto mayor o menor, que puede ser magnificado o silenciado. Tiene también una fuerza configuradora de mentalidades, estimulando el bien o inhibiéndolo. A pesar de todo, la belleza de ese «rostro de la Iglesia» —sin olvidar la gravedad del pecado— es capaz de superar y encubrir la fealdad de los pecados de sus miembros. En este punto De Salis afronta *in directo* «el problema del pecado en la Iglesia santa», como bien matiza. Se refiere ahí al tipo de pertenencia de los pecadores a la Iglesia, a la vez que se alude a los efectos de los pecados en el cuerpo de Cristo, es decir, al fenómeno del escándalo y la creación de prejuicios. «Nuestra propuesta en este tema —concluye el autor— es no esconder tal influencia, reconocer la dureza existencial del pecado, al mismo tiempo que se muestra su relatividad respecto a la influencia de la santidad de la Iglesia. Una presentación de los efectos del pecado junto a los efectos de la santidad en la vida de la Iglesia nos ayudará a comprender el misterio de la cruz que subyace a esta consideración, ofreciéndonos así una visión más equilibrada» (p. 371).

El siguiente punto sistemático que aborda será «la acción santificadora de la Iglesia», a pesar de los pecados de sus miembros. La Iglesia sigue siendo santa y continúa ofreciendo frutos de santidad. El autor empieza por dibujar un abanico de acciones santificadoras de la Iglesia, en cuyo centro están la Eucaristía y los demás sacramentos. En el vivir de los cristianos también se da una acción santificadora de los demás; el principal ejemplo sería el de la Virgen María. Considera después que la Iglesia puede mejorar su actividad santificadora. Ésta se concreta en la reforma: en el espacio en el que Dios espera que sus hijos pongan su ingenio y creatividad. La realización de la misión propia de la Iglesia, a su vez, la hace crecer en su santidad. La «santidad de vida» de sus miembros ayudará también a embellecer la santidad entitativa del cuerpo de Cristo, sin limitarse a ella. La santidad de la Iglesia procede sobre todo de su origen y su fundador, aunque esta podrá ser prolongada y aumentada en la vida de sus miembros, reflejo a su vez del único Santo. «La repercusión del ejercicio de la misión, los efectos del desarrollo de la misión, generan santidad de vida que, a su vez, ejercita un papel importante en la acción santificadora de la Iglesia. [...] Al vivir esta historia, cada cristiano comprende que su papel en la vida de la Iglesia no es pasivo» (p. 404).

Una misma realidad puede entenderse con dos binomios distintos: santidad objetiva-subjetiva, don y tarea, y los dos apuntan al misterio de la santidad de la Iglesia que camina en la historia entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios (LG 8). Requiere adentrarse en el *mysterium iniquitatis*, pero también en el de la cruz y la resurrección: en la redención obrada por la vida y el misterio pascual de Cristo. Por eso hace falta crear «un espacio» para el pecado dentro de la Iglesia, que sea a la vez realista y alejado de la protesta pública, de la sorpresa indignada y de la insensibilidad. «El desafío del momento presente consiste, por tanto, en transmitir, purificar e incrementar este tesoro de santidad que nos ha sido dado» (p. 411), concluye el autor con una mirada proyectada al futuro. Encontramos de esta forma en el presente estudio no sólo un detallado recorrido histórico por la santidad de y en la Iglesia, sino también una reflexión teológica en torno al misterio del mal y de la acción de Dios en Cristo y en su Iglesia.

Pablo BLANCO

**P. RODRÍGUEZ**, *La Iglesia: misterio y misión. Diez lecciones sobre la ecle-siología del Concilio Vaticano II*, Cristiandad, Madrid 2007, 377 pp., 13 x 20,5, ISBN 978-84-7057-526-6.

No abundan en el ámbito de lengua española las monografías dirigidas a profundizar y transmitir con claridad las grandes adquisiciones de la ecle-siología enraizada en el último Concilio. Éste es el género de este libro.

El título de la obra que presentamos es bien significativo para los que conocen la dedicación del autor a estas cuestiones. La Iglesia, en efecto, ha ocupado buena parte de sus investigaciones, docencia y publicaciones. La Iglesia en su ser y en su vida; es decir, como misterio enraizado en la Trinidad, y como misión permanente de la Trinidad al mundo en orden a la salvación.

El temario aparece distribuido en dos secciones correspondientes a las dos partes del título: la primera se centra en el Misterio de la Iglesia; la segunda en torno a la misión de la Iglesia. Todo ello precedido de una penetrante relectura de la *Ecclesiam suam*, primera encíclica de Pablo VI,